

tiva elemental". Nótese en esta muestra de poesía colombiana el afán protagónico de su prologuista y compilador, algo que un crítico de gran altura llamó la "triste vanidad del provinciano". Sin embargo, para confirmar la excepción a las reglas de las generaciones y antologías, existen aquí dos autores, dos voces que sobresalen y le dan dignidad a *La Generación invisible*: Édgar Trejos y Álvaro Marín, los cuales asumen la poesía como una labor de creciente complejidad; Trejos desde la espesura verbal y conceptual, y Marín creando el asombro de la imagen labrada por la sensibilidad y la plenitud de la palabra. Ambos ofrecen una visión propia de la poesía, no el incoherente discurso de los demás que completan el libro y que realizan una parodia del nadaísmo, su palabra transitoria, su extravagante parroquialismo, sus construcciones arbitrarias, triviales y superficiales. Cinco autores que dan una idea, una radiografía de la actual crisis de la poesía colombiana, una poesía menguada por el facilismo, la oralidad útil, la homogeneidad de las modas, los versos hábiles, lo evidente, el lugar común, la común parquedad, lo cómodo que conduce a la aridez de la expresión, a su reducción y empobrecimiento, salvo las creaciones singulares que resisten todo intento artificial de agrupamiento y denominación.

GABRIEL ARTURO CASTRO

Comarcas bien situadas

Pequeño reino

Gustavo Adolfo Garcés
Cooperativa Editorial Magisterio/
Ulrika Editores, Bogotá, 1998, 80 págs.

El presente volumen de G. A. Garcés recoge un par de textos de *Libro de poemas* (1987) y una selección generosa de *Breves días* (1992),

por el que recibió el premio nacional Colcultura de ese año. Pero, además, *Pequeño reino* es el conjunto inédito que da título a esta antología y novedad: 41 poemas de solidez lograda a fuerza de restricciones, cortes, eliminación simple. Garcés, abogado de profesión, podría ser en su escritura un pico de oro más de los que Latinoamérica produce en cantidad, como el maní dulce. Sin embargo, sigue en poesía la línea de conducta verbal de otro abogado y grandísimo poeta: don Fernando Charry Lara. Enseñanza mayor: alejamiento del palabreo conocido, entrada en el reino de la exactitud. Dentro de esta ética verbal, Charry Lara pertenece a una familia poética distinta: su diálogo es con Gorostiza, Chumacero, Anguita y otros enamorados de la palabra hermosa y sugeridora. Por su parte, Garcés también continúa en la línea de oposición a la verborrea y se nos muestra devoto de lo minucioso. Y tiene otras cercanías: William Carlos Williams y los objetivistas estadounidenses, José Manuel Arango, Pacheco, Creeley, Ungaretti, la poesía japonesa y china... Pero los objetivistas, por ejemplo, tenían su lado flaco, pues todo ingenio visual (una cornisa con luz, la jaula abierta por donde huyó el canario, el motor descompuesto de una camioneta en el descampado, imaginemos) terminaba generalmente en poema. Garcés no sucumbe a tales tentaciones; todo lo contrario: su privilegio reside en el poder de observación y en la trascendencia que logra al construir sus fortalezas. La solución son las vivencias estáticas (si se me permite la metáfora), una noción de estar más que ser. La lectura de estos poemas se convierte en testimonio de la eficacia poética. Algo placentero me obliga a regresar a estos poemas, a revisar lo que es tan obvio en ellos, como si la obviedad fuese cosa sencilla: "Encuentro la palabra ojo / escrita al margen / de un poema" (*Atención*, pág. 67). Qué va, intuimos los grandes sudores que acapara un verso de fray Luis de León. Cada poema de Garcés se reduce a un simple acto de magia que se repite ante nuestros

ojos por primera vez. ¿Cómo así? La clave ha de estar en el agua, en el fluir, en la vida que nace en lo líquido y vuelve a su informe consonancia con lo desconocido; atracción del desborde, aguja derretida y de nuevo hecha canción¹. Curiosamente empieza con el poema *La oración de Noé* (pág. 11), donde las lenguas de los hijos han de hallar las palabras del amor; pero a su vez lo que insinúa por analogía es que el arca es como una lengua que navega en una saliva tempestuosa. En sus olas, en sus vientos: poema a merced de un destino ondulante. El tema se repetirá, de manera muy clara, en *El poema*: "Palabras que vacilan / en el paladar // dudas / en el cielo de la boca" (pág. 61).



Concentración, espera, tentación de decir, sometimiento. Un poema lo expresa mejor al reunir la blancura de la página con el líquido escondido en la prenda íntima de la mujer. El título (*Blanco*) se reitera en el poema, lo que da más énfasis al escondite:

*El blanco lo aprendí
de las enaguas.*
[pág. 36]

Reparemos en que la blancura oculta su ser en el deslizamiento, en la seda, en la catarata del placer: enaguas, arroyos, torrentes, emanaciones. Y sin embargo esta metáfora de lo que carece de forma, esa imagen de la consumación, tiene sus fronteras en la exactitud con que Garcés elige y orienta: el poema ha de ser como un contrato de vida, las mínimas cláusulas estipuladas y la interpretación al libre albedrío de quie-

nes se internen por tales soberanías. Cada trazo ya insinúa una historia que se esconde o se despliega. Quietud agazapada y a punto de saltar:

*un tigre enjaulado
[...]
es ruido que apacigua
su ferocidad
también mitiga
mis asuntos*

[Giovanni Sacchetti, pág. 15]

*Dicen que hay un lince
en un poema de Heine*

*carnicero y perspicaz
es también un ser delicado
[...]
el lince se desvanece
y el poeta cree verlo otra vez
[...]*

*dicen que el lince
hechizaba a Heine*
[El lince de Heine, págs. 63-64]

pero es bueno ir a la cantina

*para beber
y mirar la pantera del calendario*

*que no se inmuta en su árbol
en su día de sol*
[San José del Palmar, pág. 68]



Al mismo tiempo, la mirada se sitúa en la otra orilla, donde las lecturas difieren ligeramente como las marcas de cerveza en un bar vespertino, a media luz. La poética de *Pequeño reino* se condensa en este dilema del destino, de los lectores:

*La ansiedad
cuando el bus
bordeaba el precipicio*

*en un paseo de la infancia
es el asunto de un poema
de Rubén Darío Lotero*

*Gabriel Jaime Franco dice
que no le gusta el poema
porque le deja una sensación
de nostalgia inútil*

*a mí en cambio me encanta
porque me produce una
resbaladiza* [inquietud
[Poéticas, pág. 75]



Gracias a esta ironía —que no descuida nunca su toque de metafísica— la concepción poética se desentiende o se protege de la supuesta esencialidad que es la máscara de tantos discursos pedantes puestos en verso o prosa. La buena salud se robustece:

*La idea era
beber un poco
ponernos alegres
pero nos emborrachamos
en exceso
y lo que hicimos
fue tener una opinión
demasiado buena
de nosotros mismos*
[Dificultades de la poesía,
pág. 73]

Precisión absoluta, control de la anécdota. En esta poesía se cumple la fusión de lo contado (no es que haya un relato estricto, pero sí un hilo que va uniendo retazos pictóricos, sensoriales) y lo cantado. Un Antonio Machado, pues, con el beneficio de las tijeras². Y como lo recomendaría el poeta de Soria, el desafío está en el tiempo: “Como la construcción / de las cate-

drales / de la Edad Media / que duraba siglos // así tu poema” (pág. 60).

Si hay alguien con madera de seguro artesano es el creador de estos poemas. Madera fina, de larga duración.

EDGAR O'HARA
Universidad de Washington
(Seattle)

1. Cf. la insistencia en estos límites: *llené el cuenco de agua // se salieron todas las estrellas* (pág. 18); *Alguien abre / una llave de agua / y tiembla la casa* (Mester de plomería, pág. 20); *En el agua transparente / se reflejan los juncos...* (pág. 34); *las imágenes del noticiero / se repiten en la jarra de agua* (Habitación, pág. 42); *Arden la infancia / y aquel caballo muerto // se han vuelto vapor de agua // niebla / nubes // tal vez estos versos* (Humo, pág. 57); *los que vienen del agua / y los que vienen de la tierra // los parásitos los libres los malignos...* (Calor sin jerarquías, pág. 66).
2. Para las presencias “orientales” y su función decisiva —ser conciso, ir al grano—, cf. Li Po (pág. 18), Libro de grabados (pág. 23), La luna y el solar (pág. 33) y Basho y el eco del mundo (pág. 50).

Memoria en lozanía

De esta vida nuestra

Joaquín Mattos Omar

Cooperativa Editorial Magisterio/
Ulrika Editores, Bogotá, 1998, 60 págs.

El libro empieza con una casa, pero bien pudo haber comenzado con la válvula de escape, la válvula de encierro: el alma. Y más: “Intento, con serena violencia, descifrar la vida, esa impresión a la vez firme y difusa” (pág. 56). Ascensión o descenso, los círculos del libro se amplían según la “hormigueante” vida que arde en los poemas. Veamos, entonces, el núcleo primordial:

*¿Por qué no orientas más bien
[la antena
hacia el vasto espectro de tu
[alma,
ese secreto, sigiloso universo
cruzado de tantas señales*